

LA PETICIÓN

Gerardo de la Llera Domínguez

e-mail: llerpe@infomed.sld.cu

Esta Historia se desarrolla en la Ciudad de La Habana, en la década del 40. La Ciudad de La Habana, una de las más refulgentes de Latinoamérica; la más grande y poblada de las Antillas, mostraba en su opulencia, el esplendor de una clase social rica, de amplios recursos económicos, de la más rancia aristocracia, que habitaban las bellas residencias de la quinta avenida, frecuentaban los clubes exclusivos de la playa y fondeaban sus yates en la desembocadura del río Almendares. Una amplia clase media, unos con más y otros con menos recursos, llenaba las modestas viviendas sembradas en la capital del País, trabajando en múltiples menesteres, pues existía una vida económica muy activa, de negocios de todo tipo incluyendo los del juego, que proliferaba en abundancia, convirtiendo la ciudad en un gran garito. Escondidas tras esa próspera fachada, se daban situaciones a veces paupérrimas, donde se aferraban a la vida como podían, miles de personas que habitaban desde los “solares”, hasta míseras chozas hechas de cartón, tablas, techos de planchas de zinc, a veces de piso de tierra y agrupadas en barrios marginales como el tristemente famoso “llega y pon”, ubicado en las márgenes del final de la bahía.

El centro de esta gran ciudad, eran las calles Galiano, San Rafael, Neptuno y el Prado de La Habana, con sus leones de bronce cual fieles custodios, cobijados bajo el arco de laureles sembrados a cada lado de la amplia avenida peatonal, donde miríadas de pájaros sobre todo al caer la tarde, aportaban el acompañamiento musical a ese agradable entorno. Miles de personas a diario transitaban por estas calles. Por Galiano, para entrar en las múltiples tiendas por departamento, pasar por los establecimientos de venta de frutas y beber un sabroso y dulce refresco de níspero. Por San Rafael para entrar en los cines gemelos a presenciar documentales y por Neptuno para entrar a la cafetería donde se hacía el mejor “club-sándwich” de La Habana. En las noches y sobre todo los fines de semana, el Paseo del Prado se colmaba de bellas muchachas que caminaban hacia arriba y hacia abajo, mientras jóvenes a pie o en múltiples autos que transitaban por las calles que enmarcan el paseo, les

lanzaban todo tipo de “piropos” que muchas veces progresaban y consolidaban amores y amistades. ¡Quien sabe cuantos matrimonios surgieron de esos lances!

René era un hombre joven de treinta años, alto, bien parecido, de tez blanca, cabellos castaños, lacios y ojos color de miel. Siempre vestía en forma impecable y su posición económica le permitía disponer de un auto que sin ser del propio año era bastante nuevo y muy bien cuidado. Era arquitecto, con buenos resultados, lo que hacía que se le presentasen contratas muy beneficiosas, avizorando un futuro muy prometedor. Habían existido en su vida varios romances, unos más duraderos que otros, pero ninguno de ellos estables, a pesar de su personalidad en extremo sensible y romántica. Se mantenía soltero, pues aún no había tocado a su puerta la mujer ansiada que llenase todos sus deseos.

Ese día del mes de febrero, que ese año había resultado particularmente frío, después de haber estado durante la mañana en varias oficinas de la “Habana Vieja”, tratando problemas relacionados con su profesión, se había dirigido a uno de los restaurantes manejados por inmigrantes chinos, que se encontraban en las calles que en forma vertical, hacen intersección con el Prado. El “Nanking” era su preferido, pues le gustaba la forma especial de servir, donde alrededor del plato principal ofrecían en pequeñas fuentecillas, maíz dulce, rodajas de plátano verde fritas (chicharritas) y muchos manjares más. El plato principal que invariablemente ordenaba era el de lonjas de pierna de cerdo con salsa de manzanas y para finalizar le placía saborear un sabroso flan de leche. Después de ese apetitoso almuerzo saboreó un aromático café y salió a la calle, acertando a ver justo al cruzar la calle del Prado y dentro del paseo, una adornada carretilla alta, de tres ruedas, que era una venta de flores, donde habían rosas, príncipes negros, gladiolos, mariposas, margaritas y muchas más, que por su número no dejaban ver a la dependiente, de quien sólo se observaban unas atractivas piernas de mujer por debajo del artefacto. René recordó en ese momento una cita que tenía ese día con una dama, por lo que se dirigió a la venta de flores para adquirir algunas de ellas, pues la imagen de la presentación y armonía de los fragantes artículos, le resultó en extremo atractiva. Una vez que se acercó pudo tener una visión completa de quien se encargaba de vender la multicolor mercancía. Al verla, quedó como paralizado,

por la intensa emoción que le causó aquella increíble mujer. Era como de unos 25 años, alta, aunque menos que él, de piel tersa color canela, de cabellos negros, ondulados, parcialmente recogidos en la nuca, de labios pulposos y unos ojos tan negros que resultaba difícil observar la pupila, resaltando ambos en un rostro de “gitana tropical”. Su anatomía parecía copiada de una de las diosas de Rubens. No lo podía creer. Algo le decía que la mujer en la que sin percatarse había pensado toda la vida, la tenía delante. Ya ni se acordaba de la cita y su mente fue ocupada totalmente por la imagen que tenía frente a sus ojos. La muchacha se hallaba despachando a otros clientes en el momento en que él llegó y así pasaron unos minutos antes de que ella se dirigiese a él, lo que le dio tiempo a reponerse. Cuando ella miró a sus ojos para preguntarle que deseaba, algo imperceptible sucedió, pues la mirada de ambos quedó suspendida en el tiempo y en el espacio por segundos, de forma que los dos sintieron la presencia mutua. Vuelto a la realidad, él le indicó las flores que deseaba y después cambió de opinión para pedirle a ella que las escogiese, a fin de hacer un bello ramo. Así hizo la muchacha, quien sufrió un percance al retirar una rosa roja, pues una de las espinas se clavó en su dedo índice. René de inmediato extrajo su pañuelo para hacer compresión sobre el dedo lesionado y al hacerlo se expandió por todo el ambiente el delicado perfume “Canoe”, muy de moda en la juventud de esa época. Pudo entonces palpar su mano que sintió de mujer trabajadora, lo que aumentó más la ternura que recién comenzaba en su corazón y que a todas luces iba en aumento. Ella lo miró y agradeció el gesto, ofreciéndose para quedarse con el pañuelo, lavarlo y devolverlo después cuando él quisiese en ese mismo sitio. René observó en eso la oportunidad de tener el pretexto para ver de nuevo a la muchacha, pero le manifestó que no debía preocuparse y aprovechó para lanzar una lisonja, diciéndole que de esa forma podía conservar un bello recuerdo de ese encuentro. La muchacha se turbó algo pero de inmediato se repuso y le dirigió una dulce mirada, que René agradeció con una sonrisa. Se despidió de ella preguntando si asistía a ese sitio regularmente a vender su mercancía, pues regularmente necesitaba hacer otras compras, a lo que ella contestó afirmativamente. Pagó el precio del hermoso ramo que había sido bellamente envuelto en papel celofán con una cinta rosada de adorno y se marchó.

A la media hora la florista del Prado, recibía de manos de un niño del barrio el propio ramo dirigido a ella, con una tarjeta de presentación de René y una dedicatoria que decía.: “Si una de estas flores tuvo la osadía de herir la mano de una bella y dulce mujer, el deber de todo el ramo es regresar a disculparse. Por favor reciba estas flores como tributo respetuoso a la flor más bella de todo ese conjunto”.

Al siguiente día, que era viernes, salió temprano en la mañana y en el trayecto a sus oficinas, pudo observar el grandioso espectáculo de cualquier ciudad del mundo que es cuando los padres despiden a sus hijos al dejarlos en las escuelas respectivas o en los ómnibus que los llevan a sus centros de estudio. Nunca falta el beso de despedida y nunca faltan las indicaciones previas a la despedida en el sentido de que se porten bien, que obedezcan a sus maestras, que no ensucien los uniformes y tantas cosas más que se sabe que los niños captan aunque no en su totalidad, pero es la forma de dejar bien anclado el tierno sentimiento que se refleja en todo su esplendor en las inocentes caras de los pequeños como si quisieran agradecer a la vida esos momentos que por injusticias de la humanidad les está vedado a muchos niños del mundo, que deben enfrentar desde temprano los rigores de la vida y en lugar de escuelas, tienen el deber de trabajar en labores de las más disímiles, casi siempre en la calle abierta, para poder subsistir, cosa que era muy común de observar en la época de esta historia en La Habana. En horas de la tarde, René retornó al sitio del Prado donde había conocido a la preciosa muchacha que vendía flores, para lo que resolvió todas las entrevistas y trabajos que tenía ese día, temprano, para tener tiempo suficiente y no estar apresurado. Había escogido cuidadosamente su vestimenta para ese día. Llevaba un pantalón color crema sin pliegues, tipo militar, de fina y ligera tela, camisa McGregor de color azul pálido, por dentro del pantalón, sin corbata, zapatos de color carmelita y una chaqueta deportiva color sepia. Desde que se había despedido de la hermosa dama el día anterior, la bella imagen no se apartaba de su mente y a pesar de que hacía esfuerzos por concentrarse en las cosas importantes que como arquitecto debía resolver, inevitablemente aparecía el rostro piel canela, que lo hacía distraer aunque sólo fuesen breves segundos. Sentía en esto un deleite especial que antes no había experimentado con otras féminas.

Ella lo observaba mientras se acercaba y un sentimiento de alegría la penetró. Desde que había recibido el ramo de flores enviado por René el día anterior, deseaba que el tiempo pasase y presentía que ese día él la visitaría de nuevo. Usaba una ropa sencilla pero escogida con magnífico gusto, donde había combinado los colores de forma que resaltaba poderosamente el color de su piel y el escaso maquillaje que usaba constituido sólo de una leve pincelada de carmín en los gruesos labios. En la blusa había un prendedor que como único adorno mostraba el nombre de su dueña: Amelia. Se lo había colocado a propósito, con la finalidad de que él la pudiese nombrar cuando se volvieran a ver.

René llegó junto al establecimiento de venta de flores portátil de Amelia y cuando ambos se encontraron frente a frente daba la impresión de que el espacio existente entre ellos se había borrado como si el deseo quisiera unir para siempre a estos dos seres. Se saludaron mirándose a los ojos y ella mostró una amplia sonrisa, asomando a la hendidura bucal una fila de blancos y perfectos dientes. Ella sin mucho deseo de convencimiento reprochó el regalo del ramo, pero al mismo tiempo le dio las gracias por el fino gesto, al que según confesaría en días sucesivos, no estaba acostumbrada. Conversaron por instantes, que eran interrumpidos por los compradores que a esa hora acudían con bastante frecuencia, lo que resultaba algo molesto, sobre todo contando con que ya René pretendía absorber toda la atención de Amelia. La conversación giraba alrededor de asuntos baladíes, como el tiempo, de que si este año era más caluroso que el anterior, de que si el Paseo del Prado debía ser más atendido y en fin de miles de cosas, aunque internamente ambos deseaban otro tipo de conversación; una conversación más de ellos dos, más de personas y sobre todo de personas que como ellos se atraían tanto. René se atrevió a decirle que ellos tenían muchas cosas sobre las que conversar, pues se había percatado todo lo que en común compartían y que en ese lugar no se podía conversar en paz, por lo que la invitó a que quizás en otro momento o cuando lo deseara, podían salir a pasear o asistir a algún lugar, disfrutar de un refresco o un café y en fin conversar sana y tranquilamente. La muchacha pensó unos minutos y accedió a la invitación, refiriendo a René que sólo disponía para esta cita la tarde de los lunes, pues el resto de los días, debía ocuparse de la venta que era su forma de subsistencia y en las noches

permanecía en su casa haciendo las labores propias de su hogar y ocupándose de sus padres que eran ya mayores. A René le satisfizo grandemente escuchar eso pues pudo percatarse que Amelia no tenía compromiso amoroso que la atase. De inmediato le propuso como hora las 3 de la tarde, solicitando su dirección, a fin de recogerla en el auto. Ella le dijo que lo mejor era que la encontrase en la puerta de la tienda por departamentos "El Encanto" en la calle Galiano, pues antes de esa hora debía hacer unas compras en ese lugar. Una vez acordada la cita, René se despidió de la hermosa muchacha, no sin antes comprarle un ramo de príncipes negros, con el pretexto de que eran para regalarlos a una jovencita sobrina de él que cumplía años. Ella le hizo prometer que no haría lo de la última vez de hacerle llegar de nuevo el ramillete, pues le daba pena aceptarlo. El prometió, pero insistió en ofrecerle una flor del recién adquirido ramo.

Pasó el sábado y el domingo, en que ambos pasaron el tiempo en cosas de poca importancia y pensando en la próxima cita. Llegó el ansiado día. René salió de su oficina con tiempo suficiente, calculando las dificultades de parqueo a esa hora y las 2 y 30 de la tarde ya estaba frente a las puertas de la lujosa tienda, observando atentamente pues tenía el temor de no ver a Amelia dado la gran cantidad de personas que entraban y salían, a lo que se sumaba la multitud de peatones que deambulaban por la popular calle habanera. A las 3 en punto la alcanzó a ver saliendo por la puerta central del establecimiento y le llamó la atención que no portaba paquetes de compras. Se quedó observándola y no avanzó hacia ella para verla caminar, extasiándose en ese oasis en medio la multitud. A pesar de que disfrutaba ese momento, le molestaba las múltiples miradas que los hombres que pasaban clavaban sobre la preciosa dama y es que esa figura a pesar de su sencilla indumentaria, se destacaba por encima del resto. Esperó a que llegara a él y cuando lo hizo no pudo controlar las palabras que emergieron. Sin darse de cuenta estaba prodigándole una lluvia de preciosos adjetivos enalteciendo su belleza. Amelia le dio las gracias y a forma de justificación dijo que no había encontrado lo que había ido a comprar. Caminaron uno al lado del otro por media cuadra llegando hasta el lugar donde se encontraba aparcado el auto. René abrió la portezuela contraria al lado del chofer, para que Amelia penetrase, pero ella le dijo que era preferible ir a algún lugar cerca e ingerir un refresco, para así conversar un

rato. René estuvo de acuerdo, pero antes de cerrar la puerta, extrajo un pequeño paquete envuelto para regalo y se lo ofreció a Amelia quien quiso rechazarlo, pero a las insistencias, al fin aceptó. Se trataba de un fino chal de seda de bellos colores, que Amelia puso de inmediato con elegancia sobre sus hombros, lo que resaltó aún más su belleza. Se sentaron en una cafetería, donde pidieron un refresco cada uno y unos dulces finos. Conversaron largamente y a medida de que hablaban cada cual se percataba de la gran semejanza de pensamiento que existía entre los dos. Pasaron alrededor de dos horas. René le refirió su profesión y los trabajos que realizaba. Le dijo también en forma muy discreta que era soltero y le expresó varias veces la gran impresión que ella le había causado. Amelia por su parte le dijo que ella no había tenido esas oportunidades de estudiar en forma tan oficial, pero por su cuenta leía lo que podía y en cursos irregulares, había logrado llegar a poder matricular una carrera universitaria por encuentros que estaba por finalizar. Sin embargo debía ganarse el sustento vendiendo flores, pues para conseguir otro tipo de trabajo, sobre todo en el caso de ella tenía que hacer concesiones a lo que no estaba dispuesta. René no salía de su asombro, pues nunca pensó que esa mujer tuviese una educación tan desarrollada. Todavía le esperaban más sorpresas, pues Amelia tenía una vasta cultura hecha a base de una excepcional dedicación y sensibilidad personal. Lo que sin saberlo René estuvo buscando siempre, lo tenía ahora enfrente. También él era sensible y le gustaba conversar con personas como Amelia. El tiempo pasó sin sentirlo y ya era hora de partir, lo que lamentaron los dos. Regresaron caminando hasta el auto y René le pidió que lo dejase llevarla. Ella accedió, pero con la condición de que la dejase sólo cerca, pues debía hacer una visita a un familiar antes de llegar. Se sentaron en las butacas del coche y en ese momento René sintió la delicada fragancia con olor a limpio que se desprendía del pelo de la preciosa muchacha, percibiendo igualmente un leve perfume algo dulzón, que se adivinaba no era de los muy caros y exclusivos. Sintió entonces por ella una gran ternura, mezclada con sentimiento amoroso. Cada vez la sentía más adentro. Amelia por su parte no sólo se sentía atraída por los atributos masculinos de su apuesto acompañante, sino además destacaba en él cualidades que hasta ahora no había encontrado en otros, como caballerosidad, gentileza e inteligencia. Surgía una pareja donde la materia

prima era de tanta calidad que permitiría al artista, la creación de una verdadera obra de arte, ofrenda monumental al amor. Muchas más citas hubo y en cada una, las relaciones eran cada vez más estrechas y cada vez se compenetraban más. Un día a insistencias de René, Amelia lo llevó a su casa. Vivía en un cuartucho de un “solar de la Habana Vieja”, donde apenas si había espacio para moverse. Allí les presentó a su anciano padre, en silla de ruedas y a su madre, anciana igual y con una demencia senil comenzante. Después de las presentaciones, Amelia bajó la cabeza como abochornada, pero René inmediatamente la tomó por los brazos diciéndole que ahora la admiraba aún más, pues llevaba adelante esa situación ella sola sin desviarse hacia otro sistema de vida sobre todo con la belleza que mostraba y en ese momento la quiso con toda la vida. Amelia derramó lágrimas que resbalaron por sus tersas mejillas, miró a René sintiendo en él el apoyo que siempre necesitó y quedó convencida de que lo amaba.

El matrimonio no demoró y rápidamente todos fueron a vivir en una confortable casa que alquiló René, quien había progresado grandemente en su profesión y se estaba convirtiendo en uno de los arquitectos de más demanda en la ciudad. La vida comenzó a sonreírles. Por supuesto, Amelia no tuvo más necesidad de vender flores. Terminó en la Universidad la carrera de Historia y comenzó a trabajar en el Museo de la Ciudad, convirtiéndose cada vez más en una culta mujer de conversación agradable y fácil. Ayudaba a René en todas sus tareas y le proporcionaba no sólo esa ayuda material, sino que además le ofrecía el cariño y comprensión que le aportaba la paz espiritual anhelada. A esas alturas era difícil concebir sobre todo para ellos la vida de uno sin el otro. Pasaron pocos años y se quedaron solos, pues primero marchó el padre y poco después la madre de Amelia. Entonces se necesitaban más y entonces se amaron más.

Ya Amelia tenía 32 años y no lograban descendencia, para lo que comenzaron a acudir a las consultas de prestigiosos galenos que se dedicaban a esa especialidad, en aquella época sin los recursos de hoy. Las consultas y los tratamientos costaban una fortuna pero el matrimonio había progresado mucho económicamente y podían afrontarlo. René tenía un amigo médico, psiquiatra de especialidad, quien conversaba mucho con ellos y les decía que no se angustiaran demasiado, ni de pusiesen demasiado insistentes, pues mientras

más obsesivos, menos lograrían sus deseos. Ya cansados, hicieron caso al amigo y abandonaron la idea de un hijo propio, para pensar en una adopción. Sin embargo, causado por esto o porque iba a suceder, Amelia quedó embarazada. La alegría fue mayúscula. No sabían que hacer. René se lo refería a todas sus amistades y en algunos casos a quienes no eran tan amigos. Tal era su euforia. El embarazo progresaba e igualmente los preparativos para recibir al bebé. Amelia en el auto de la casa, que guiaba un chofer a sueldo, frecuentaba todas las tiendas elegantes de La Habana comprando la canastilla, sin reparar en gastos, pues sus recursos se lo permitían, recibía periódicamente a sus amigas que ya eran de la alta sociedad habanera, para charlar sobre todo de temas alrededor de los crios y en fin la vida tornó casi por completo alrededor del “heredero”. René por su parte colmaba de atenciones a su esposa. Le regalaba flores, perfumes, alhajas y en fin no había día en que no le presentase alguna sorpresa. René sentía una verdadera devoción por su compañera, quien se había constituido en la razón más poderosa de su vida, pues su mente la ocupaban sólo su carrera de arquitecto famoso y Amelia.

Pero ya a los 32 años, Amelia era añosa para un embarazo y por tanto era como llaman los especialistas un “alto riesgo”, a lo que se sumaba una hipertensión arterial que había aparecido, así como cifras altas de urea. Ella acudía regularmente a la consulta de unos de los obstetras de más renombre de la época quien le transmitió a René su preocupación. Éste por supuesto le manifestó que no reparase en gastos y que hiciese todo lo necesario. El embarazo continuaba y Amelia no se sentía bien pues sin dudas había problemas que no se habían logrado controlar. Un día sin haber llegado a término el embarazó, Amelia comenzó a presentar dolores intensos en la parte inferior del abdomen y comenzó a perder algo de líquido por sus genitales. Llamó por teléfono a René, quien de inmediato salió a buscarla, no sin antes avisar al obstetra que la atendía y quien indicó que la llevasen a la Clínica donde él atendía sus casos privados. El centro hospitalario, tratándose de un lugar de atención médica, era de un lujo si se quiere algo exagerado, con cuartos espaciosos, todos con su baño completo, camas de tipo Fowler de último modelo, con búcaros de flores naturales en habitaciones, pasillos que eran de una amplitud impresionante y todo climatizado. El personal vestía

impecablemente y se observaba una limpieza estricta. El equipamiento y los salones de operaciones respondían a lo último de la tecnología mundial y todo por supuesto salía de las altas tarifas que debían pagar los que usaban los servicios, quienes además debían pagar los abultados honorarios de los galenos actuantes. Se comprende que sólo tenían acceso a estos servicios las personas de mucho dinero, que eran los menos, pues el grueso de la población de Cuba de aquella época debía asistir a los Hospitales estatales que eran pocos y con pocos recursos o a los centros mutualistas. ¡Que diferencia con la época actual en que la accesibilidad por parte de la población total del País, a los servicios de salud y las altas tecnologías es del 100 por ciento!.

Cuando en un lujoso auto del año, guiado por un chofer, llegó el matrimonio a la Clínica, ya en la puerta estaban esperando dos camilleros y una enfermera, quienes acostaron a Amelia en la camilla y la llevaron a la habitación, donde su obstetra ya aguardaba. Por supuesto René no se separó de ella ni un instante. El especialista dispuso que llevaran a la parturienta hacia una sala de reconocimiento y la siguió, dejando a René en la habitación, quien mirando a su amada esposa con lágrimas en los ojos, la despidió con un tierno beso en la mejilla, dándole el ánimo que él mismo necesitaba. Después de un tiempo que a René le pareció extremadamente largo, regresó el obstetra quien le informó que su esposa estaba de parto, pero que la situación no era muy alentadora, ni para la criatura que en este caso no había madurado lo suficiente, ni para la madre quien persistía hipertensa y con manifestaciones muy tóxicas, pero que haría todo lo que estaba a su alcance para solucionar los problemas, aunque alertaba de posibles fatales consecuencias y trató de tranquilizarlo diciéndole que los mejores especialistas en esos problemas ya estaban avisados para que se pusiesen en funciones. René al escuchar esas palabras pensó que iba a desfallecer, pero se controló, pensando en la falta que hacía su integridad en estos momentos.

Amelia fue pasada a la sala de pre-partos, donde regularmente su obstetra la examinaba y determinaba la dilatación y la vitalidad del foco fetal. La cosa no iba todo lo bien que se hubiese deseado, pues se mantenía la hipertensión, no dilataba lo suficiente y el foco fetal cada vez era más débil. Después de horas en ese proceso, finalmente con la ayuda de muchos medicamentos, fue llevada al salón de partos, donde comenzó la cadena de tensas y trágicas situaciones.

Fue colocada en la mesa de partos , en posición ginecológica y con un personal por encima y el obstetra por debajo se iniciaba el período de expulsión, lo que resultaba en extremo difícil, pues existía al parecer una atonía uterina y el feto no avanzaba. Indudablemente existía un sufrimiento fetal de importancia. Además la parturienta no iba bien pues la presión arterial no se lograba controlar y al parecer se estaba lesionando en forma sistémica. Hubo necesidad de aplicar un fórceps bajo, para realizar la extracción del feto, quien emergió con muy escasa vitalidad y a pesar de los esfuerzos que realizaban por, reanimarlo, fatalmente se perdió. Era una niña. Los esfuerzos se concentraron ahora en Amelia, con fines de extraer la placenta, pero el sangrado era sumamente abundante, lo que hizo plantear el diagnóstico de una placenta creta. Hubo necesidad de transfundirla y la pérdida de sangre no lograba ser controlada, por lo que se decidió una intervención quirúrgica de urgencia a fin de extirpar el útero y salvarle la vida. En las críticas condiciones que se encontraba la pobre Amelia, el riesgo era tremendamente grande, pero se adoptó esa medida heroica, como único método posible en esos momentos. Se realizó la intervención que resultó en extremo laboriosa y al finalizar la paciente en muy malas condiciones fue trasladada a una sala especial de recuperación donde había una enfermera sólo para atenderla y el obstetra se quedó a su lado. La presión arterial había caído a cifras peligrosas y presentaba dificultad para respirar, por lo que se mantenía con un tubo insertado en la tráquea, por donde penetraba aire en los pulmones, aunque había necesidad de insuflar aire a presión periódicamente, pues en forma espontánea lo hacía con gran dificultad. Aunque Amelia aún no había regresado de la anestesia se le permitió a René pasar a verla sólo pocos minutos. El pobre hombre ya conocía la noticia de la pérdida de la bebé y estaba destrozado. Al ver a Amelia en ese estado se descompensó totalmente y rompió a llorar. Pensaba aunque por supuesto injustamente que él era el gran causante de toda esa tragedia y temía por la vida de su amada esposa. Por la noche Amelia había empeorado. La presión arterial había caído a cero, estaba sudorosa, no había pulso y estaba en estado de shock. Los médicos luchaban por recuperarla, pero todo era en vano. Súbitamente se puso toda morada, lo que fue diagnosticado como una cianosis y seguidamente comenzó a sangrar

por todos lados, por la herida quirúrgica, por sus genitales y por la nariz, hasta que la infortunada mujer falleció en medio de ese gran tormento.

Las exequias se hicieron esa noche y hasta el siguiente día en horas de la tarde en que se realizó el sepelio, René permaneció junto al féretro, donde habían colocado a Amelia y la niña nacida fallecida. Casi sin ingerir alimentos ni agua, miraba constantemente a través del cristal de la caja al producto de ambos y a su inolvidable compañera de la vida, pálida, inerte, pero conservando su belleza, ahora angelical. Le parecía que todo era irreal, que estaba soñando y ya de tanto derramar lágrimas sus ojos se habían secado. A la hora de cerrar la tapa del sarcófago para llevarlo al carro fúnebre y antes de que esto se hiciese, puso una rosa roja entre el cristal y la tapa, quizás recordando el día en que una espina hirió el dedo de su amada y comenzó este romance que ni aún ahora había finalizado.

En los días que siguieron, René se los pasaba en el cementerio, al lado de la tumba donde siempre depositaba una rosa roja, sin comer, sucio, barbudo, desaliñado, vistiendo la misma ropa y mirando fijamente la lápida. Sólo a la hora que cierra la necrópolis de Colón en La Habana, es que obligado por las circunstancias, salía para dirigirse a su casa. Allí se sentaba en un sillón frente al amplio ventanal desde donde se podía apreciar una hermosa vista de un césped cuidado con una fuente en el centro, permaneciendo en esa posición hasta la mañana siguiente, cuando una de las domésticas que trabajaban en la casa, lo obligaba a levantarse. René se deterioraba a pasos agigantados. Había perdido mucho peso, las mejillas se encontraban hundidas al igual que los ojos y había encanecido rápidamente, lo que le daba el aspecto de tener mucha más edad cuando sólo no contaba con poco menos de 40 años. Manolo su amigo psiquiatra, lo visitaba frecuentemente y trataba de sacarlo de ese deplorable estado, pero no lo había logrado. La situación era desesperada. Varias veces había hablado con René tratando de convencerlo de que se pasase unos días con él y su familia en su casa pero había rehusado la invitación.

Al cabo de un mes de esa situación, Manolo había ido al atardecer a casa de René como de costumbre y cual no sería su sorpresa cuando al presionar el timbre, en vez de la doméstica, quien abrió la puerta fue el propio René. Se había rasurado, estaba bañado, con ropa limpia, acicalado y sonriente. Al verlo

lo saludó dándole un fuerte abrazo. Lo invitó a pasar a la sala donde lo hizo sentar en una de las cómodas butacas, tomando otra frente a él. Le brindó una copa de licor de naranjas y ambos brindaron alegremente. Conversaron animadamente, sin por supuesto abordar el tema del desagradable infortunio, que tampoco René tocó. Al cabo del rato, Manolo, quien se sentía extrañado de ese radical pero agradable cambio, le dijo a su amigo que podían aprovechar que era una tarde calurosa de verano, para ir al club de donde ambos eran socios a tomar unas cervezas y después degustar una apetitosa comida, aclarando que la invitación la hacía él. René aceptó de inmediato y pidió permiso para cambiarse de ropa. Al poco rato descendió la escalera que llevaba a las habitaciones de los altos de la magnífica casa, diseñada y hecha por su propio dueño, vistiendo una típica guayabera cubana de hilo, blanca y con una corbata de lacito como se usaba en esa época, pantalón de dril blanco y zapatos negros. Ya aquello era otra cosa. Era una persona y no el derrelicto humano en que se estaba convirtiendo. Una vez que estuvo frente a Manolo le dijo que debían invitar a otra persona, pues le iba a hacer una confesión. Manolo de inmediato pensó en que otra mujer había aparecido en la vida de su amigo y aunque en cierta forma se alegró, por otro lado se preocupó de que fuese a ser alguna que tomando ventaja de la situación de dolor por la que pasaba se estuviese aprovechando. Al principio pensó incluso en una de las sirvientas, ya que una de ellas era joven, calculando que era la única oportunidad que existía de que René se pudiese relacionar con alguna mujer. Esperó algo sobresaltado y le pidió a su amigo que le dijese. René se encontraba algo indeciso y medio turbado, pero se decidió y le dijo: “No lo vas a creer cuando te diga quien es la persona a quien vamos a invitar. Es más no te lo diré, dejaré que la veas con tus propios ojos” y acto seguido voceó: “Ya puedes venir mi amor”. Manolo esperaba en una pieza, observando el umbral de la puerta de la sala con los ojos bien abiertos, pero no aparecía nadie, cuando René dijo: “¡ Allí la tienes; allí tienes a Amelia!. Fíjate que bella está, yo diría que es más linda que antes” y prosiguió, “Mi amor, tu te recuerdas de Manolo mi amigo entrañable, salúdalo si quieres con un beso, que se lo merece, pues en todos estos días ha sido uno de los pocos que se han ocupado de mí y sobre todo siempre ha preguntado por ti”. Manolo estaba estupefacto, pues no había nadie más en la sala y todo lo que su amigo refería

era producto de su imaginación. Por supuesto que no era una broma pues René sería incapaz de bromear con algo tan serio y sensible y comenzó a pensar que éste había perdido la razón de tanto sufrir. De todas formas se mantuvo la salida y tomaron el auto de Manolo. Al llegar al mismo, René abrió la portezuela trasera e invitó a la imaginaria Amelia a que tomara asiento en el auto, cerrando después de advertir a la “ocupante” que tuviese cuidado con los dedos no fuera a ser que le atrapase alguno al cerrar. Tomó asiento al lado de Manolo quien guiaba el auto y en el trayecto conversaron animadamente, dirigiéndose René en ocasiones a “Amelia”. En una ocasión le dijo a Manolo: “Parece que con el ruido del motor y con la atención al volante no escuchaste que Amelia te ha preguntado como va tu carrera y tu especialidad, aunque ya yo le he contado y le he dicho que estás preparándote para una importante oposición para Profesor, pero cuéntale tú, por favor”. Manolo no sabía que hacer, pero prefirió seguir la corriente e hizo todo el relato dirigiéndose a la supuesta Amelia. Llegaron a la puerta del club donde el empleado vestido de uniforme con botonadura dorada, abrió la portezuela delantera derecha, a fin de que René descendiera, para después dirigirse a la de la izquierda, dejando salir a Manolo y después aparcar el auto, pero antes de que lo hiciese, René abrió la portezuela trasera e invitó a Amelia a descender. El parqueador se quedó sorprendido, al no ver a nadie descender del vehículo y posiblemente pensó que René se había excedido en las copas, a pesar de que no notó nada raro en él. Pasaron al interior del establecimiento y comenzaron de nuevo a ocurrir cosas sumamente extrañas para todos los que podían observar a los recién llegados. Ya en el restaurante del club, a pesar de que el *maitre* o *capitán*, como se le dice en Cuba al responsable de tomar los pedidos y mantener el orden y disciplina, les ofreció una magnífica mesa para dos personas, René, protestó, manifestándole que si no se daba de cuenta de que además los acompañaba una dama. El capitán extrañado les ofreció rápidamente una mesa de cuatro personas (por si acaso aparecía otra dama) e inmediatamente les trajo la carta, aunque esta vez trajo tres y las puso encima de la mesa. Al poco rato se hicieron las órdenes. El encargado de tomarlas se encontraba anotando, cuando René hablando con la silla vacía dijo: “No te preocupes amor que yo ordeno por ti, pues conozco muy bien tus gustos”. Así se hicieron las tres órdenes, solicitando de beber sendas copas de vino tinto,

incluida por supuesto la de Amelia. Durante la comida se entabló una conversación en la que Amelia participaba, con intervenciones hacia Manolo por la mediación de René. Al final de la comida, por supuesto que los platos de Amelia estaban intactos y René señaló a los camareros que la señora desde hacía algún tiempo estaba algo inapetente, por lo que les pedía que le empaquetaran todo a fin de que lo ingiriese más tarde. Manolo algo apenado pagó la cuenta lo más rápido que pudo y salieron. El regreso a la casa de René fue igual que la ida y al despedirse, Manolo lo hizo con René y obligadamente con Amelia. Ya solo en su coche y durante el trayecto a su casa, Manolo pensó profundamente en todo lo sucedido, sintiendo pena por su amigo quien indudablemente había perdido la razón, más por otro lado sentía la satisfacción de haber disfrutado una noche tan feliz como las que en otrora las habían pasado cuando Amelia vivía. Sintió entrar la sensación de saber a su amigo feliz y deseaba que se repitiese el encuentro. Manolo continuó visitando a su amigo y en iguales condiciones debía compartir igualmente con la invisible Amelia. René se mantenía en magníficas condiciones, había ganado en peso y se observaba indudablemente recuperado, pero aún no había comenzado a trabajar en su profesión, aunque desde el punto de vista económico no le hacía falta. De las tres sirvientas que tenían ya sólo quedaba una pues las otras percatándose de la desviación mental de dueño de la casa, por temor hacia él, se habían marchado. Además sentían temor, pues pensaban que el fantasma de Amelia se encontraba rondando toda la casa y no querían toparse con él. La sirvienta restante, en momentos en que René estaba ausente, le refería a Manolo que “el caballero”, se pasaba todo el día charlando con una persona imaginaria que ella presumía era la señora Amelia y se veía extraordinariamente feliz. Que después de comida ordenaba un servicio de café para dos personas en la terraza y se la pasaba conversando hasta la medianoche en que se retiraba a dormir. Ella no se había marchado porque le daba pena dejarlo solo, pero que lo haría pues ya no resistía más. A Manolo le preocupaba grandemente esta situación pues si le planteaba ingresarle en alguna de las clínicas privadas especializadas que existían, René lo rechazaría, por lo que optó por plantearle que él tenía problemas y que le permitiese mudarse para su casa. Con esto, a pesar de que era un sacrificio para su familia le permitiría estar cerca de su amigo y tratarlo como psiquiatra que era.

René aceptó de inmediato después de consultarlo con “Amelia” y a partir de ese momento Manolo ocupó una de las habitaciones de la casa y compartió la vida con el matrimonio irreal. Entonces pudo percatarse que su amigo estaba totalmente alejado de la realidad que lo circundaba. Se sentaba a la mesa y si la comida era a base de pollo preparado en forma sencilla y otros platos también sencillos, al final comentaba con “Amelia”, lo exquisita que estaba la “perdiz almendrada”, los entrantes de sobreasada, el foie gras y el postre de crepes. Celebraba igualmente, el finísimo vino espumoso del Rin, aunque estuviese bebiendo agua. Casi a diario al atardecer se sentaba en una butaca, colocando cerca de él otra para “Amelia”, mirando fijo a una pared lisa y allí se pasaba alrededor de dos horas sin articular palabra alguna. Al final, comentaba sobre todo con “Amelia” la magnífica película que acababan de ver. Otras veces se vestía con suma elegancia y se situaba en la terraza cerca de la piscina donde se le escuchaba conversar animadamente con personas imaginarias escapándose algunas risas en medio de todo. Después se retiraba a sus habitaciones y en el trayecto conversaba con “Amelia” sobre la magnífica recepción que les habían ofrecido a sus invitados. Desde el pasillo frente al su dormitorio se le escuchaba conversando con “Amelia”, hasta quedarse dormido.

Manolo lo observaba detenidamente, hablaba con él haciendo algo como psicoanálisis y así llevaba todo como si se tratase de un caso clínico tratado en su hospital. Transcurría el tiempo y al cabo de casi un año de esta situación, en que René se encontraba perfectamente bien de aspecto, que era rozagante, a Manolo le avisaron que en quince días serían las oposiciones para la plaza tan ansiada de Profesor de la Escuela de Medicina de La Habana. Él estaba preparado cuando llegó el día y después del primer ejercicio que fue una disertación, la que hizo con maestría, debía presentar un caso clínico, es decir una discusión diagnóstica. Se usaba en esta presentación del caso clínico que se escogiese un caso real y no uno imaginado, para después que el concursante expusiese todo, el tribunal dictaminase el tratamiento a realizar sobre la propuesta del aspirante. Fue aquí donde presentó el caso de su amigo René, sin decir los nombres por un problema ético. Expuso los síntomas y signos, esbozó una hipótesis y dando una verdadera conferencia actualizada del aspecto que se trataba, defendió su hipótesis y la demostró. Fue en

realidad una exposición brillante, hasta llegar al tratamiento, que no fue planteado. El tribunal extrañado inquirió las razones de no exponer este aspecto tan importante y que es la base de todo para lograr la curación de los pacientes. Y entonces Manolo se dirigió al Tribunal y les dijo: “El tratamiento es una PETICION: ¡NO TRATARLO Y DEJARLO CON SU ENFERMEDAD!.